

## DISCURSO

*Pronunciado por el C. Dr. José Eleuterio Gonzalez, en la solemne distribucion de premios, hecha entre los alumnos del Colegio Civil de Monterey, en la noche del 31 de Agosto de 1861.*

“Tene disciplinam. ne dimittas eam: custodi illam, quia ipsa est vita tua.”

Ten asida la instruccion, no la dejes: guárdala, porque ella es tu vida.

PROV. C. IV, V, 13.

La naturaleza, ó mas bien la Divina Sabiduría, ha dotado á los seres vivientes de todo cuanto han menester para su conservacion y bienestar, y todos los dias acude con mano próbida á cubrir sus necesidades. Dió cortezas duras á los árboles, plumas ligeras á las aves, y abrigadoras y bellas pieles á los cuadrúpedos, para que pudieran defenderse de la intemperie: dió fuerzas, valor y armas terribles á los animales carniceros, para que adquiriesen su necesario alimento: dió finísimo oído á las especies tímidas que tienen toda su salvacion en la fuga; vista perspicaz al águila que desde las nubes otea su presa; su-



ma destreza al mono trepador; espléndida magnificencia al pavo real que ostenta su variada y brillante vestidura; astucia y agilidad á la raposa; nadaderas y escamas á los peces para que habitaran en las aguas; ligereza al corzo; ramosas astas al ciervo, colosal estatura al pesado elefante, emponzoñadas armas á la serpiente, industria al castor; y hasta la hormiga, pueblo débil, fué dotada de durísimas tenazas para horadar la tierra, y de instinto claro y preciso para que almacene sus necesarias provisiones. A todos los animales dió cuanto podia serles necesario, útil y aun agradable: armas, cobertura, belleza, y sobre todo, instintos que pudieran serles una guía segurísima en todas sus operaciones; de modo que apénas ven la luz y ya puede decirse que saben todo lo que han de saber. Cuando las abejas nacen, ya traen consigo la instruccion precisa para buscar los materiales y construir su panal; y lo primero que hacen al salir de la colmena madre, es fabricar su habitacion tan perfecta como si ya hubieran ejecutádolo cien veces. La vigilante Providencia de todos tiene cuidado, á nadie olvida, y parece que se complace en preparar habitacion y subsistencia para todos los vivientes en la superficie de la tierra y en el profundo seno de las aguas. El hombre solamente parece haber sido exceptuado de esta ley universal de beneficencia y liberalidad, pues cuando viene al

mundo nada trae: desnudez, desvalimiento, ignorancia absoluta; hé aquí su herencia, hé aquí lo único que posee, todo lo necesita, nada tiene, y no hace mas que llorar amargamente como si fuera capaz de comprender la enormidad de su miseria. Su instinto es tan escaso y tan oscuro, que sólo de nada le serviria; su cuerpo es tan débil é imperfecto todavía, que si no viniera en su auxilio el amor materno ó la caridad de sus semejantes, pereceria irremisiblemente en las primeras horas de su miserable vida. Si á esto se añade lo prolongado de su infancia, lo multiplicado de sus necesidades, lo débil de su constitucion y la multitud de causas de destruccion que lo rodean y lo amenazan, podria decirse que la naturaleza le ha querido hacer el animal mas salvaje, mas infeliz y mas percedero de todos; pero no es así. Dióle una cosa que con usura le indemnizara de tantas faltas; dióle una cosa que no solamente supliera por la proteccion, instintos y prerogativas que acordó á los otros seres, sino que aventajara, y con mucho, las facultades de todos, en términos de colocarlo en primera línea y hacerlo rey supremo, señor y dueño de todo el mundo con todas las criaturas que lo pueblan. Esta cosa tan grande, tan estupenda y tan maravillosa, es la inteligencia. Pero no quiso la Sabiduría Eterna dar este preciosísimo destello de su misma esencia sin condiciones:



al conceder esta gracia sujetó al hombre á dura y penosa ley, mandándole que á fuerza de trabajo cultivara, desarrollara y perfeccionara esta misma inteligencia, so pena de que si así no lo hacia, quedaria este inapreciable don oculto é inútil, y él, por su ignorancia, reducido á la categoría de las béstias insensatas. Contemplad, si no, al hombre salvaje, endurecido por la intemperie, acosado por el hambre, y lo que es peor, embrutecido por la ignorancia; y vereis que en él solo hay supersticiones horribles, instintos feroces, degradacion y miseria: que adora muñequillos ó despreciables sabandijas: que solo se complace en la destruccion y la matanza como los animales carniceros; y que yace encenegado en sus torpes y vergonzosos apetitos al par de los animales inmundos. Contemplad ahora á este hombre, si es que tal nombre merece, con otro á quien una feliz educacion hizo desenvolver toda su inteligencia; con un Newton por ejemplo. ¡Cuánta diferencia entre uno y otro! Solo puede compararse la grandeza de éste con la abyeccion de aquel; el uno solo comprende la grosera y torpe materia, miéntras que el otro se encumbra, contempla, y aun pretende comprender la Divinidad.

Si nos fué dada, pues, la inteligencia con la precisa condicion de cultivarla; y si, á no dudarlo, sabemos que si la dejamos inculta nos será, no solamente inútil, sino á veces

perjudicial, preciso es convenir en que la educacion es una cosa, no solo útil y buena, sino precisa y necesaria. El Supremo Hacedor cuando por pura gracia nos dió la vida, nos la dió unida al precepto de instruirnos; y puede decirse que el hombre privado de toda instruccion y sumido en su ignorancia original, no es hombre, sino una criatura casi muerta é inferior, sin duda alguna, á los brutos animales. Por esto ha dicho, y con sobrada razon, el mas sábio de los hombres, que la instruccion es la vida. Por otra parte: el hombre incapaz de vivir solo, sociable no solamente por instinto, sino por necesidad y conveniencia, se vé precisado á reunirse con otros de su especie y formar asociaciones que aumentan sus goces y multiplican sus necesidades; y como cuanto necesita tiene que esperar de su inteligencia y de su instruccion, abrigos para guarecerse de la intemperie, alimentos para sostener su vida, armas para su defensa y reglas para la vida comun; si no procura instruirse, si esta fuente que ha de abastecerlo de todo se ciega, sin duda que no podrá permanecer. ¡Qué seria de la sociedad si todos sus miembros fuesen del todo ignorantes? Seria un rebaño de béstias sin pastor, incapaz de subsistir unido un solo dia; y cada uno, caminando á la ventura, correria desatinado á la perdicion. Luego la instruccion es no solamente la vida del individuo



sino tambien la de la sociedad: es el lazo que une los pueblos y la única guía que puede conducir las naciones á la felicidad y á la grandeza.

De esto naturalmente se infiere que en la sociedad la primera necesidad es la educacion, y que si esta se descuida, nada bueno puede esperarse. Miétras más sábios cuente una nacion, y miétras más difundidos estén en ella los conocimientos útiles, más feliz será, mayor engrandecimiento adquirirá, y estará mejor gobernada; y por el contrario, miétras más ignorancia tenga y ménos sean los hombres de luces en ella, más infeliz, más abatida y peor gobernada será. Por esto los tiranos procuran con todo su poderío embrutecer á las naciones para poder sejuzgarlas y oprimirlas. Ved, si no, en el VIII siglo al terrible Leon Isauro, Patriarca de los Iconoclastas, entregar en Constantinopla á la voracidad de las llamas, los sábios y los libros, porque decia que en ellos habian aprendido á desobedecer. ¡Barbarie atroz que ni el mismo fanático y tirano emperador que la ordenó, pudo comprender su magnitud, ni el irreparable perjuicio que hizo á las ciencias!

Pero si á veces vemos honrado el saber con la persecucion de los tiranos, tambien ha sido no pocas ocasiones favorecido con el aprecio y proteccion de los buenos. Ejemplo glorioso de esto es el insigne y eminente D. Alfon-

so, tan justamente llamado el sábio, que no escaseaba sus tesoros, y empleaba la mejor de sus naves en hacer venir á su corte un Astrónomo alejandrino, famoso por sus altos conocimientos. Tal es la brillantez y esplendor de la ciencia, que atrae á sí y llena de luz y de consuelo á las almas grandes, é irrita y enfurece á los tiranos, cuya alma negra es incapaz de comprenderla y apreciarla, y que en ella solo ven la formidable potencia que ha de aniquilarlos.

De la ciencia, pues, debemos esperar todos los bienes y el remedio de todos los males: ella, elevando nuestro espíritu, nos acerca á la Divinidad, nos promete una vida futura y nos dá los medios de alcanzarla: ella nos enseña á distinguir el bien del mal, y á discernir lo justo de lo injusto: ella nos guía é ilumina para buscar la verdad: ella hace que, trasladando las palabras con pequeños caracteres sobre una superficie, podamos tratar con los ausentes y los muertos, y nos enseña á multiplicar las copias con tanta facilidad y en tan prodigioso número, que sobrepuja á toda ponderacion: ella nos procura la salud, el más precioso de los bienes terrenos: ella ensancha nuestro poderío, poniendo en nuestras manos instrumentos preciosos, que nos hacen dominar, no solamente la tierra que pisamos, sino tambien los rutilantes astros de los cielos: ella es la que remonta al atrevido aeronauta sobre



los ligeros vientos: ella hace descender al intrépido buzo á los profundos abismos del mar: ella trasporta los pensamientos por finísimos hilos de metal con la velocidad del rayo al otro lado de los insondables mares, y los hace circular en los pueblos con la celeridad de la luz: ella acorta las distancias, valiéndose del vapor, y con una fuerza inconcebible, arrastra los frutos de la tierra, los productos de la industria y al hombre mismo hasta los últimos términos del mundo: ella, en fin, produce tantos beneficios, tantas y tan grandes maravillas, tan puros y tan variados goces, que el hombre, sin temor de equivocarse, puede muy bien esclamar con Salomon: "*Viniéronme todos los bienes juntamente con ella.*" (1)

A pesar de todas estas grandezas, y de la absoluta necesidad que, segun hemos visto, tenemos de instruirnos, no han faltado algunos filósofos que desacordadamente hayan inculpado á la ciencia de perjudicial á la salud. Entre estos, Juan Jacobo Rousseau ha dicho, que padecemos tantos achaques porque pensamos, asercion tan falsa como fácil de refutar. ¿Con qué sufrimos porque pensamos? ¿Y los ganados que pacen en los campos sin pensar, están por eso libres de las enfermedades? Ciertamente que no, y todos los dias los vemos perecer por los males, que son el re-

(1) La Sabiduría, cap. 7 v. 11.

sultado necesario del influjo del clima y de sus hábitos. ¿Y los animales silvestres y los peces del mar, acaso porque no piensan, están fuera del alcance de las dolencias destructoras? ¿No vemos con bastante frecuencia epizotias horribles que despueblan los mares y la tierra? ¿Y aun las plantas mismas, á pesar de que en ellas no hay ni aun siquiera una pequeña sombra de cosa que parezca pensamiento, no están sujetas á enfermedades numerosas que las destruyen? ¿Qué prueba todo esto? Que la naturaleza, al establecer la ley del sufrimiento, quiso nivelar á todos los seres vivientes, y que ninguno esté exento de ella, sea cual fuere su categoría.

Ademas, hay que considerar en este punto que el ejercicio del pensamiento es del todo necesario, considerado higiénicamente para la perfeccion física de la especie humana, porque consitiendo la salud y la perfeccion del cuerpo en el justo equilibrio de todos los sistemas de la economía viviente, si dejamos de pensar, no se desarrollará debidamente el cerebro y los nervios sensitivos, y á expensas de ellos se desenvolverán los músculos y los nervios motores, y ¿qué sucede entónces? El desequilibrio, y por consiguiente, la enfermedad ó la imperfeccion. Por otra parte, vemos que las tribus bárbaras son poco numerosas, que siglos enteros pasan sin aumentar su poblacion, y que desaparecen muchas de ellas;



cuando por el contrario en el estado civilizado vemos que los individuos se multiplican prodigiosamente y que una familia en el transcurso de un siglo se convierte en una tribu. Si el uso del pensamiento es preciso para la perfeccion del hombre, y si en el estado civilizado la vida se propaga y multiplica mejor que en el salvaje, bien podremos decir que tambien bajo el aspecto físico é higiénico la instruccion es la vida.

Si la ciencia es la luz del mundo, la salud del cuerpo, la vida del espíritu, el lazo social y la felicidad de las naciones, delito seria ciertamente no buscarla. ¿Y qué dirémos del que la halló y no la guarda, es decir, de aquel á quien un estudio profundo enseñó á conocer el bien y obra el mal, de aquel que sabe bien lo que es justo y obra con injusticia? Por cierto que está en peor condicion que el ignorante, porque tanto más terrible y dañino será el enemigo, cuanto esté mejor armado, y cuanto más numerosos, extensos y seguros sean los medios de que se vale para hacer el mal. Por tanto, no basta saber, sino que es absolutamente preciso portarse como sábio, y que las acciones correspondan y no desmientan los conocimientos que se poseen. Por esto el sábio, henchido del espíritu de Dios, nos anuncia el divino precepto en estos términos: *“Ten asida la instruccion, no la dejes: gúrdala, porque ella es tu vida.”*

La ciencia, como la luz y la vida, se difunde y propaga al través de los tiempos y de generacion en generacion. Sus progresos son lentos: siglos pasan de unos á otros descubrimientos útiles: siglos median entre esos géneos privilegiados, grandes bienhechores de la humanidad, que desentrañan las verdades recónditas, y que las enseñan á los hombres para que las conviertan en su provecho; y siglos tambien transcurren entre un invento y las mejoras de que es susceptible. Lentos son, en verdad, los progresos de la ciencia, pero siempre son útiles, y por pequeños que parezcan, siempre son grandes, son el presente más rico que la Providencia hace á los hombres. Mientras más avanzan los siglos, más conocimientos se reúnen: más verdades se alcanzan y más se perfeccionan los inventos. El siglo presente tiene más ciencia que los anteriores, y nosotros alcanzamos un horizonte científico más extenso que nuestros padres. El impulso del tiempo es irresistible: su poder incontrastable todo lo desenvuelve, todo lo perfecciona, todo lo engrandece ántes de llevarlo á su fin. Ved la tierra desnuda é incul-ta que parece muerta, pero en llegando el tiempo oportuno, con sus revoluciones y tempestades hace germinar las semillas ocultas, y las plantas aparecen, crecen y fructifican.

A la vista tenemos una praebe irrefragable de la incontrastabilidad del poder del tiempo